

A Nosotras Nos Gustan Los Puentes

We Like Bridges

por Iby Carmen Aguirre



Carmen llegó a Canadá en 1974, a los seis años de edad, luego de que el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 obligara a su familia a emigrar de Chile. Hace cuatro años se fue de vuelta a la América Latina, donde vivió hasta hace unas semanas. Ahora reside nuevamente en Vancouver, Canadá.

Este artículo surgió de sus conversaciones con otras jóvenes chileno-canadienses que actualmente viven en Chile y en el Canadá.

Al país de las Barbies

Cuando me dijeron que nos íbamos al Canadá, mi mente de niña dibujó una enorme rosa roja: Norteamérica simbolizaba un lugar donde todo era fresco y tentador. Otras niñas se imaginaron un libro vacío, con sus hojas blancas invitando a ser llenadas, y otras visualizaron a Canadá como el país de las Barbies: todo puro y rubio, un lugar donde todas tendríamos la oportunidad de ser Barbies.

En nuestros recuerdos hay episodios muy semejantes a lo que nosotras concebíamos como la vida de una Barbie: la primera Navidad, inundada de regalos nunca imaginados; los "Halloween" (1) hasta entonces desconocidos; los largos inviernos canadienses con sus metros de nieve; nuestros primeros intentos sobre blancos y estilizados patines sobre el hielo.

Carmen came to Canada in 1974 at age six after the military coup of September 11, 1973 forced her family to leave Chile. Four years ago she returned to Latin America where she lived until a few weeks ago. Now she is again a resident of Vancouver, Canada. This article is a result of her conversations with other young Chilean-Canadian women living in Chile in and Canada.

In Barbie Doll Land

When I was told that we were going to Canada, in my child's mind I pictured an enormous red rose: North America symbolized a place where everything was fresh and enticing. Other girls imagined a blank book, with its empty pages waiting to be filled, and still others visualized Canada as Barbie doll land: everything pure and blond, a place where we could all be Barbies.

In our memories, there are events very similar to those we thought would be in Barbie's life: the first Christmas overflowing with gifts beyond our dreams, Halloween, we had never heard of, long Canadian winters with meters of snow, and our first attempts on slim white ice-skates.

I have vivid memories of lots of girls dressing up in old petticoats, high heels and make-up that we had hidden away in corners, creating our own princess in the best North American style.

Tengo vívidos recuerdos de numerosas niñas disfrazándonos con viejas enaguas, tacos y pinturas recaudadas en rincones, encarnando a nuestra propia princesa, al mejor estilo norteamericano.

Pero estos sueños, convertidos en pasajeras realidades, se mezclan con recuerdos mucho menos glamorosos y al abrir el libro de nuestra niñez nos encontramos con que sus páginas se fueron llenando, imperceptiblemente, de dolorosas contradicciones.

Sólo las rubias eran lindas

Según nuestros padres, los niños no tendríamos problemas con aprender un nuevo idioma, pero muchas de nosotras tardamos meses, y hasta años, en sentirnos cómodas con el inglés.

Todas nos acordamos del primer día de clases con una mezcla de risas y piel de gallina. Al entrar al aula que retumbaba con conjugaciones y modismos de una lengua extranjera, todos los ojos se pusieron sobre esa niña morena y vulnerable. ¿Qué hacer, qué decir, fuera de ponerse rojo como tomate? ¿Cómo pedir permiso para ir al baño si una no tenía las palabras? ¿Cómo comunicar esa urgencia sin causar el ridículo? O causaba el ridículo...o, ¡se hacía pis encima!...lo cual nos sucedió a más de una. Así, la Barbie de los sueños, en cosa de segundos, se transformaba en la retrasada del curso. Además, todos los otros niños llevaban ropa tan linda y moderna, como la que mostraban en la tele. Y nosotras...con nuestras chompas tejidas por la abuelita lejana y nuestros zapatos de charol y calcetines blancos...

Pero, por sobre todo, ¿qué hacer con este pelo negro y esta piel morena? Todas las Barbies eran rubias y las chicas más hermosas del curso también. Por años y años, cuando mi madre me decía que era linda, yo creía que sólo lo hacía para hacerme sentir bien. En mi mente, sólo las rubias eran lindas.

Dos en una

Estos recuerdos se mezclan con otros que parecen pertenecer a una vida diferente, aparte y separada de la escuela, de la calle y de los sueños fantasiosos. Son los recuerdos que nos unen a nuestros padres y a la comunidad chilena.



But these dreams, converted into fleeting realities, are mixed with much less glamorous memories, and upon opening the book of our childhood we find that its pages were imperceptibly filling up with painful contradictions.

Only blonds were beautiful

According to our parents, we children wouldn't have any problem learning a new language, but many of us took months and even years to feel comfortable speaking English.

We all remember the first day of classes with a mixture of laughter and goose bumps. When we entered the room resonating with conjugations and idioms of a strange language, all eyes were drawn to that dark and vulnerable girl. What could we do, what could we say, apart from blushing red like a tomato? How could we ask permission to go to the washroom if we didn't know the words? How could we communicate this need without making ourselves ridiculous? You either looked ridiculous...or you peed your pants...which happened to more than one of us. So, the Barbie of our dreams, in a matter of seconds, turned into a dunce.

All the other kids had such beautiful and up-to-date clothes like the ones on television. And us...with our pullovers knitted by faraway grandmothers and our patent leather shoes and our little white socks...

But, above all, what to do with this black hair and dark skin? All the Barbies were blond and so were the prettiest girls in the class. For years and years, when my mother told me that I was pretty, I thought she only did it to make me feel better. In my mind, only blonds were pretty.

Two in one

These memories mix with others that seem like they belong to a different life, apart and separate from school, the street and fantasy dreams. They are the memories that unite us with our parents and the Chilean community.

There are the comings and goings to *peñas*¹ and solidarity meetings, the grown-ups speaking of Chile, remembering Chile, idealizing Chile, the *empanadas*, *cazuela*, *charquicán*, *sopaipillas*², houses papered with posters recalling Allende, Víctor Jara, Cuban women, the disappeared, the music of Violeta Parra and Quilapayún, guitar and cueca classes. And Spanish, Chilean Spanish, that language that belongs only to us Chileans, and excludes the outside world and Barbies.



Están las idas y venidas a actos y peñas solidarias; los adultos hablando de Chile, recordando Chile, idealizando Chile; las empanadas, la cazuela, el charquicán, las sopaipillas; las casas empapeladas con posters evocando a Allende, Víctor Jara, la mujer cubana, los desaparecidos; la música de Violeta Parra y Quilapayún; las clases de cueca y guitarra. Y está el castellano. El castellano chileno, esa lengua que sólo nos pertenecía a nosotros, los chilenos, y que excluía al mundo de afuera y a las Barbies.

¿Qué era Chile para nosotras? Era este mundo íntimo revivido por los adultos en un Canadá que a ellos nos les gustaba, pero en el que nosotras nos sentíamos bastante cómodas; era las canciones cantadas por nuestros padres, las anécdotas que contaban, las cartas que recibíamos de los abuelos. Chile era los valores y creencias inculcadas en la casa. Chile era otro sueño, un sueño aparte, formado a partir de lo que oíamos, porque muy pronto ya no supimos diferenciar entre nuestros propios recuerdos de Chile y los que construimos a partir de los recuerdos de nuestros padres.

En la vida diaria, la niña morena se transformó en dos personas: una vivía en una casa chilena y hablaba castellano, y la otra iba a la escuela canadiense, tenía amigas y salía a la calle hablando inglés. Esta niña albergaba dos vidas y eso la hacía diferente del resto, a una edad en que a nadie le gusta ser diferente del resto.

¿Qué fácil hubiera sido poder decir: me quedo con esta vida no más y la otra la tiro! ¡Y cuántas veces lo intentamos, sólo para volver rápidamente a sacarla del tacho y despolvarla antes de que alguien se diera cuenta...! Porque nosotras realmente queríamos nuestras dos vidas, a pesar de que tanto en la casa como en el mundo de afuera se nos presionaba para que dejáramos la otra de lado. En la escuela no había oportunidad de compartir nuestro "chilenismo". Y en la casa, los adultos parecían vivir sólo para Chile y en función de un pronto regreso.

Al irnos acercando a la adolescencia, fuimos tomando mayor conciencia de que nosotros llevábamos a cuesta dos identidades diferentes, pero que realmente no teníamos ninguna de las dos claras.

What was Chile for us? It was an intimate world relived by the grown-ups in a Canada that they didn't like, but in which we felt fairly comfortable. It was the songs our parents sang, the stories they told, the letters we received from our grandparents. Chile was the values and beliefs inculcated at home. Chile was another dream, a separate dream, formed out of what we heard, because very quickly we no longer knew how to tell the difference between our own memories of Chile and those that we constructed out of our parents' memories.

In daily life, the dark girl became two people:

one lived in a Chilean house and spoke Spanish, and the other who went to a Canadian school, had friends and went outside speaking English on the street. This girl led two lives and that made her different from the rest, at an age when nobody likes to be different from others.

How easy it would have been to be able to say: "I'll just stay with one life and throw the other one away!" And how many times we tried, only to return quickly to snatch it out of the trash and

dust it off, before anyone could notice...! Because we really liked our two lives, even if we were pressured as much at home as in the outside world to leave the other life behind. At school, there was no chance to share our "Chileanness." And at home, the grown-ups seemed to live only for Chile and for an early return.

When we were approaching adolescence, we began to have a greater awareness that we carried two different identities on our shoulders, but that really neither of them was clear.



La cultura Chilena era el diablito en la cabeza de una

Ser adolescente en Canadá significa salir con chicos sin mayores cuestionamientos a nivel social, significa ir a fiestas y tomar alcohol, inclusive hasta consumir drogas. También significa trabajar los fines de semana o después del colegio. Significa que no necesariamente hay que casarse virgen, ¡ni necesariamente hay que casarse!

Casi todas nosotras entramos de lleno en ese ritmo, habiendo pasado nuestra niñez en Canadá. Eramos canadienses e íbamos a vivir como tales; para muchas esto significó romper con nuestra cultura de la casa. La presión de ser adolescente, el querer sentirse apreciada por nuestros amigos, la búsqueda de una identidad nos pedía a gritos elegir: Canadá o Chile.

Pero esto no fue fácil. En una fiesta, al llevarnos la cerveza a la boca, el diablito se aparecía y nos decía: "¡Las chilenas no hacen eso!" En nuestra primera relación sexual, el diablito volvió a decir: "¡Las chilenas no hacen eso!"

Con el pasar del tiempo, el diablito fue creciendo más y más, y llegó el momento en que ya siendo mujeres jóvenes, muchas de nosotras nos planteamos volver a Chile para ver y palpar ese país que indudablemente no podíamos sacarnos de encima.

Buscando puentes

Chile: el de los recuerdos de nuestros padres, el diablito, el que nos atormentaba. Al descubrir nuestra tierra de origen, todas las fantasías se disolvieron: ni el País de las Maravillas, ni un diablo. Un país con todos sus pros y sus contras, al igual que cualquier otro. Un país que no es nuestro-nuestro, pero que nos conmueve al oír el acento, al escucharnos decir "sí, yo nací acá", al mirar alrededor y preguntarnos una y otra vez: "¿quiénes seríamos si no nos hubiéramos ido nunca de acá?"

Chilean culture was the little devil in our heads

To be an adolescent in Canada means going out with boys without any questioning by society, it means going to parties and drinking alcohol, even taking drugs. It also means working on the weekends or after school. It means that you don't necessarily have to be a virgin when you get married, and you don't even necessarily have to get married!

Almost all of us threw ourselves completely into that rhythm, having spent our childhood in Canada. We were Canadian and we were going to live like Canadians. For many, this meant breaking with the culture of our homes.

The pressure of being an adolescent, the desire to feel appreciated by our friends, the search for an identity demanded in a very loud voice that we choose: Canada or Chile. But, this wasn't easy.

At a party, when we raised the beer to our mouth, the little devil appeared and said to us:

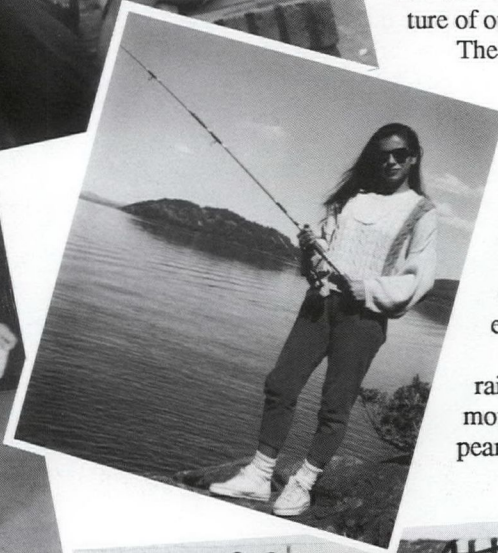
"Chilean girls don't do that." During our first sexual experience, the little devil returned and said, "Chilean girls don't do that."

With the passing of time, the little devil grew and grew, and the moment arrived as we became young women when many of us decided to return

to Chile to see and feel that country which undoubtedly we couldn't rid ourselves of.

Looking for bridges

Chile: the one which belonged to our parent's memories, the little devil, the one that tormented us. Upon discovering the land of our birth, all the fantasies dissolved: neither Wonderland, nor the devil. A country with all its pros and cons, just like any other. A country that is not completely ours, but which moves us when we hear the accent, when we hear ourselves say, "Yes, I was born here", when we look around and ask ourselves over and over again, "Who would we be if we had never left?"




Al volver, nos dimos cuenta de que andábamos buscando puentes. En la adolescencia habíamos decidido ser canadienses y meter nuestro chileno debajo de la alfombra.

Ahora, como mujeres jóvenes, lo habíamos sacado a relucir y vivíamos por primera vez esa identidad fantasmagórica que nos había penado tanto.

Al fin y al cabo sólo queríamos reconciliar las dos vidas de la niña morena y vivir en paz, ya fuera en Chile o en Canadá.

Con la madurez que nos traen la vida y la experiencia, llegamos a concluir que no es necesario elegir una identidad sobre la otra. Ahora podemos decir con orgullo que somos bi-culturales y bi-lingües, una mezcla sabrosa y bonita.

Las jóvenes chilenas criadas en el Canadá, por esas cosas del destino, tenemos nuestras raíces en la certidumbre de haber elegido lo que consideramos lo mejor de dos mundos. Nuestra muleta para caminar por la vida es no temerle a las fronteras. A nosotras nos gustan los puentes. 


¹ Halloween: Fiesta de Todos los Santos, celebrada el 31 de octubre. Los niños se disfrazan y salen por su barrio pidiendo golosinas de puerta en puerta.

Gracias a Karina Briño, Victoria Freire y Alejandra Aguirre por sus francos relatos.

After we returned, we noticed that we went around looking for bridges. During adolescence we had decided to be Canadians and to hide our Chileanness under the carpet.

Now, as young women, we had taken it out to shine it up and for the first time we lived that haunting identity which had caused us so much suffering. When all was said and done, we only wanted to reconcile the two lives of the dark little girl and live in peace, whether in Chile or in Canada.

With the maturity gained from life's experience, we have reached the conclusion that it isn't necessary to choose one identity over the other. Now we can say with pride that we are bicultural and bilingual, a delightful mix.

We young Chilean women raised in Canada have our roots in what we considered to be the best of two worlds. Our walking stick for journeying through life is having no fear of borders. We like bridges. 

¹ peña: social gathering with music, food and drink.

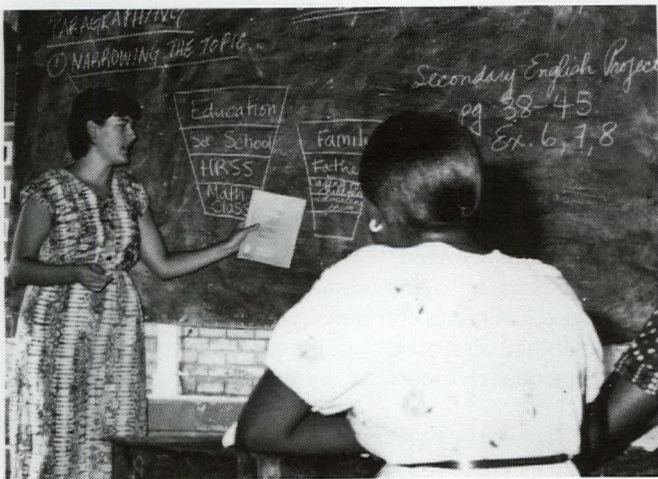
² empanadas, cazuela, charquicán, sopaipillas: different types of Chilean food.

³ cueca: Chilean national dance

Translation by Vinny Mohr

Thanks to Karina Briño, Victoria Freire and Alejandra Aguirre for sharing their stories.

An experience that lasts a lifetime.



CUSO NEEDS

Foresters, Ecologists, Nurses
Psychologists, Doctors, Dentists
Agriculturalists, Graphic Artists

CUSO offers you a challenge. The chance of a lifetime. Two years living in another culture and an opportunity to work with others who are striving to improve their lives.

It's hard work, but rewarding.

We need someone special. Someone who wants more than 9 to 5. Someone willing to try something different.

If you have skills and experience and can live on a modest salary, we probably have a job for you.

Join other Canadians working in the Third World. Join CUSO.

For further information send your resume to



2524 Cypress Street
Vancouver, B.C. V6J 3N2